

El agujero en el techo

Por

Kristen DeHaan



28 enero 2011

Había llovido durante la noche. La lluvia era evidente por el agua que estaba en las hojas de los árboles, y en los charcos, ambos grandes y pequeños, que estaban en las calles. Pero cuando María se despertó, no fue el agua en los árboles ni los charcos los que le contaron sobre la lluvia durante la noche, fue el agua en su pequeña casa. El agua que había llegado por el agujero grande y nuevo en su techo. Cubrió su boca con una mano y suspiró. *Es el peor tiempo para un agujero en el techo, pensó, especialmente cuando mi esposo está en otro pueblo y no va a volver por dos semanas. Ahora, necesito encontrar a alguien para arreglar el techo.* Se levantó de su cama y notó que la otra parte de la cama estaba vacía y fría, una indicación de la ausencia de su esposo.

Usualmente cuando Juana se levantaba tan temprano, su marido David todavía estaba en cama y ella se vestía sin hacer ruido. Ella entraba a la cocina y preparaba para David, cuando se levantara, un gran desayuno como el que encontrarías en el palacio de un rey. Justo cuando el desayuno estaba preparado, David salía a tropiezos del cuarto, bostezaba y sonreía a su esposa. Él se sentaba a la mesa y ella ponía la comida caliente en frente de él y comía su propio plato. Pero esta mañana era diferente y sin David no podía seguir la misma rutina.

Fue a la cocina y se dispuso a preparar el desayuno pero paró cuando recordó que estaba sola y no quería cocinar sin él. Decidió que necesitaba hacer algo sobre su techo roto y para resolver el problema, necesitaba ir al pueblo.

Ella fue a buscar sus botas y las encontró en el lugar al lado de la puerta donde estaban siempre. Notó que sólo sus botas estaban en el lugar y que las de su marido no estaban como de costumbre, otra indicación de la ausencia de David. Se puso las botas y salió por la puerta. El pueblo no estaba muy lejos, y sola caminó, evitando los charcos, por diez minutos antes de llegar al pueblo. Durante su camino, pensó en David y en cómo sentía ir de su mano y caminar al ritmo de sus pasos.

Entró el pueblo y fue a la casa del único carpintero del pueblo que se llamaba José. Golpeó la puerta; esperaba que José estuviera en casa. Afortunadamente, Jose abrió la puerta. Su cara estaba muy pálida y parecía muy cansado.

Cuando él la vio, le preguntó, --¿Qué quieres?

--Hay un agujero muy grande en mi techo, y te necesito para arreglarlo. ¿Puedes ayudarme?-- le preguntó ella.

--Lo siento, pero no puedo ayudarte hoy, porque estoy muy enfermo y no puedo trabajar. Lo siento-- él dijo y cerró la puerta en su cara.

Estaba contrariada, pero no porque él había cerrado la puerta en su cara, sino porque él era el único carpintero y ahora ella no tenía a nadie para arreglar su techo.

No quería hacerlo, pero ahora me toca. Voy a arreglar el techo yo misma, pensó. Volvió a la casa de José y golpeó la puerta una vez mas. Esta vez, sabía que él estaba en casa y esperó que le abriera. Alfonso abrió la puerta por segunda vez después de cinco minutos. Parecía más pálido y más cansado.

Cuando él la vio en su puerta otra vez, él gritó --¡Estoy enfermo! ¡No puedo ayudarte!

--Lo siento, Alfonso-- Ella respondió, --Estoy aquí otra vez para preguntarte si puedo usar tus herramientas porque voy a fijar el techo yo misma.

--Sí, puedes usar mis herramientas, si las necesitas. Un minuto-- Él susurró y desapareció en su casa. Volvió un minuto más tarde con las herramientas, se las entregó y cerró la puerta otra vez.

--Gracias. Espero que te sientas mejor—ella lo dijo en serio, pero él no pudo oír porque la puerta ya estaba cerrada.

Juana empezó a caminar hacia su casa. Estaba contenta porque tenía las herramientas, pero estaba frustrada porque no sabía cómo arreglar el techo. Decidió empezar con una escalera. Agarró la escalera de su esposo y apoyó la escalera contra la pared de su casa. Empezó a subir la escalera y cuando llegó al peldaño más alto, con sus pies todavía en el peldaño, se apoyó contra el techo y empezó a poner la nueva paja en el agujero. Pero sus manos resbalaron porque había agua en el techo y se cayó a través del agujero. Cayó a la tierra dura, la tierra era tan dura que la dejó inconsciente.

Había llovido cuando ella se despertó. La lluvia era evidente por el agua que estaba en las hojas de los árboles, y en los charcos, ambos grandes y pequeños, que estaban en las calles. Pero cuando se despertó, no fue el agua en los árboles ni los charcos los que le contaron sobre la lluvia durante el día, era el agua en su casa. El agua que había venido de un agujero más grande que el agujero anterior. Cubrió su boca con una mano y suspiró. *Espero que Alfonso se sienta mejor ahora,* ella pensó.